

Remembranzas de mi paso por el Museo Nacional de Antropología (1964-1973), con un ligero y un tanto perdido preámbulo dentro de mi memoria (1962-1964)

Otto Schöndube B.*

Cuando se me invitó a escribir acerca de mis vivencias en el Museo Nacional de Antropología con motivo de su cumpleaños 50, de inmediato acepté, sin tomar en cuenta que medio siglo son muchos años y que siguiendo un símil arqueológico, mis recuerdos se habían sedimentado, formando una capa en la que ya me es difícil ordenar su cronología interna de manera totalmente precisa.

Mi relación e historia con el museo de alguna manera se inició en el patio de la antigua Escuela Nacional de Antropología e Historia ubicada en la calle de Moneda, donde comenzaba mis estudios para convertirme en arqueólogo. Allí, en determinado momento un compañero de nombre Manuel y cuyo apellido he olvidado se acercó a mí para decirme que en el tablero de avisos de la dirección de la escuela, entonces ocupada por el antropólogo Felipe Montemayor, había una nota solicitando estudiantes para laborar como auxiliares de museografía. Manuel me preguntó que si estaba interesado. Le dije que sí, pero que suponía que los puestos estaría muy solicitados, a lo que me contestó:

–No te preocupes, Otto, ya quité el aviso.

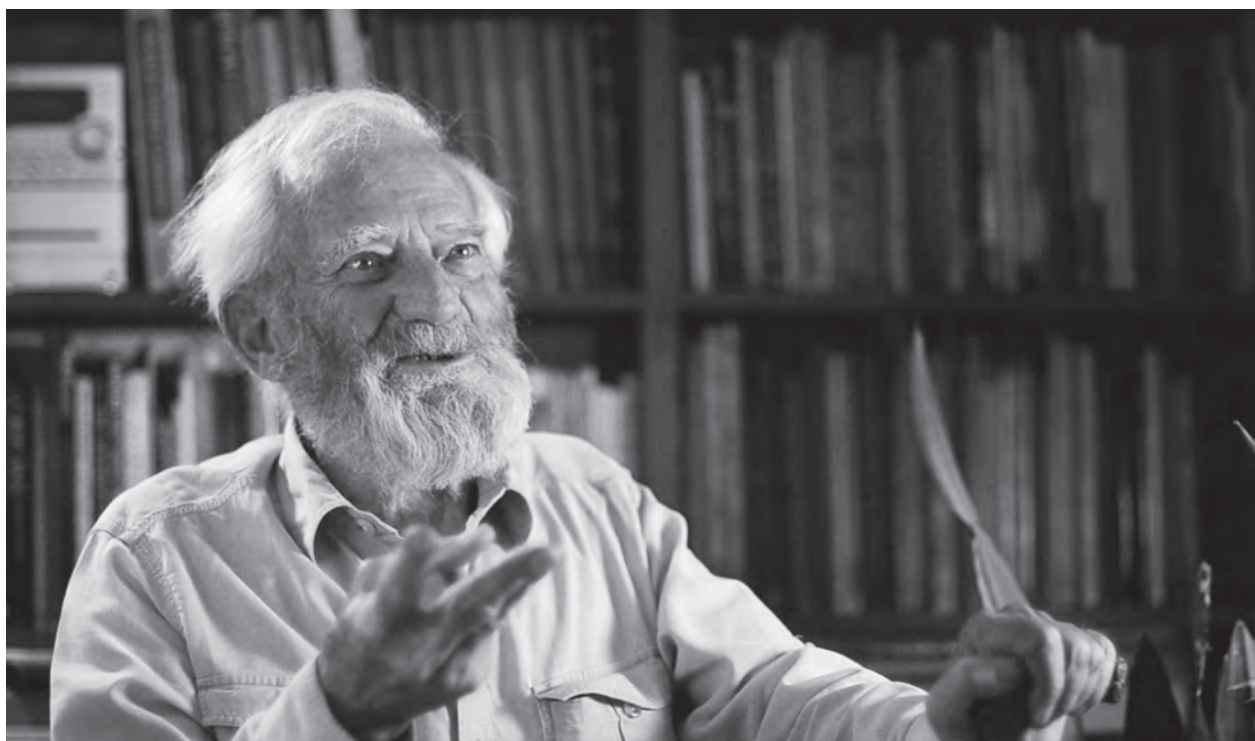
Para hacer la historia corta, fuimos tres los solicitantes: Manuel, un servidor y el ahora famoso Roger Bartra, que sin más fuimos aceptados para el puesto.

No recuerdo plenamente si de alguna manera estuve en el viejo museo de antropología, ubicado en Moneda 13, pero algún tiempo debo de haber pasado en él, antes de que fuera transferido al convento del Carmen bajo las órdenes del museógrafo Antonio Lebrija –con sus ayudantes eternos: Toño y José.

Allí conocí a dos personas que con el tiempo se volvieron compañeros y sobre todo buenos amigos a lo largo de mi vida: Manuel Oropeza, insigne museógrafo, y José Lameiras –alias *Pepe*–, que de la museografía pasó a ser excelente etnohistoriador y entre otras cosas investigador fundador de El Colegio de Michoacán y mi primo político, al casarse con Brixie Boehm Schöndube, quién más tarde llegó a ocupar la presidencia de dicho colegio. Con ellos, y bajo las órdenes de Lebrija, montamos dos exposiciones de arqueología, una en la Quinta Gameros de la ciudad de Chihuahua y la otra en San Miguel de Allende, Guanajuato.

Por esos tiempos (1961-1963) se estaba cocinando el proyecto para la construcción del nuevo museo de antropología en terrenos del bosque de Chapultepec; un personaje que jugó un papel importante en esos momentos fue el prehistoriador Luis Aveleyra y Arroyo de Anda. Por un lado había una serie de investigadores, sobre todo arqueólogos y etnólogos que, junto con un equipo

* Investigador del Museo Regional de Guadalajara, INAH (otto_schondube@inah.gob.mx).



de museógrafos, iniciaron los planteamientos y formas de lo que se deseaba mostrar de manera digna –el patrimonio etnográfico y arqueológico de nuestro país–; por el otro, el equipo comandado por ese gran personaje recientemente fallecido, el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez –nuestro querido *Perico*–, el cual estaría a cargo de la realización de la obra física, tomando en cuenta el parecer del mundo académico para que el resultado estuviera acorde con lo que somos y lo que pensamos los mexicanos sobre nuestro ser y nuestro origen.

La obra material fue extraordinaria: un edificio en cuadro con dos niveles –abajo lo prehispánico y arriba las manifestaciones de los diferentes grupos étnicos– repartidos alrededor de un amplio patio a manera de plaza, con un estanque hacia la parte posterior que recordaba el ambiente lacustre de la cuenca de México, mientras que hacia el área de entrada se levanta la fuente monumental o gran “paraguas”, soportado por una columna a manera de *axis mundi* que sostiene los cielos. La inspiración que tomó Ramírez Vázquez de la arquitectura tipo Puuc del área maya para las fachadas interiores es grandiosa.

En el convento del Carmen se estableció el equipo de museógrafos y sus auxiliares. Con frecuencia se realizaban reuniones con los investigadores que se iban incorporando al proyecto. Como auxiliar de museografía, tuve el privilegio de asistir a esas sesiones y escuchar sus doctas opiniones. Como recuerdo especial

tengo el de la capacidad que mostraba don Wigberto Jiménez Moreno para sintetizar lo que se discutía o alcanzar acuerdos cuando se daban opiniones contrarias.

Todavía conservo una foto del salón mayor de trabajo, en la cual aparecemos la mayoría de quienes conformábamos el equipo de museografía: Miguel Celorio, Antonio Lebrija, Zita Canessi, Irmgard Weitlaner de Johnson, arquitecto y arqueólogo Eduardo Pareyón y su hermana, Luis Covarrubias, arquitecto Ricardo de Robina, José Lameiras, Isabel Marín de Paalen, Alfonso Soto Soria, Constantino Lameiras, Manuel Oropeza, un servidor –Otto Schöndube– y unos cuanto más cuyos nombres no recuerdo de momento.

Como anécdota humorística del momento, el profesor Aveleyra, con el afán de formalizar el recinto, nos encargó a Pepe Lameiras, a Manuel Oropeza y a mí que fuéramos letreros en las respectivas zonas de nuestra área de trabajo, tales como “Biblioteca”, “Sala de juntas” o “Dirección”, los cuales realizamos en letras que calamos en madera y luego barnizamos. Estábamos muy orgullosos de nuestro trabajo hasta que don Luis Aveleyra nos llamó a cuentas muy enojado, ya que un político distinguido que había visitado el lugar llegó muerto de risa a su oficina, diciéndole que era muy atinado marcar el área de sanitarios –donde debió satisfacer una necesidad urgente– con el letrero convencional de “Sala de profundis”.

No recuerdo con exactitud cuándo se trasladó el equipo a Chapultepec. Me imagino que fue cuando los espacios cubiertos pudieron ser usados para realizar nuestras labores, y aun cuando andábamos como hormigas por todas partes del recinto, nuestra principal zona de trabajo era en la parte inferior, más tarde asignada para alojar las curadurías de arqueología, bajo la dirección del inolvidable maestro Román Piña Chan. En lo personal, mi principal trabajo fue colaborar junto con él en la instalación de la Sala de Arqueología de Occidente y la sala dedicada a Tula y la cultura tolteca.

Dentro de la planeación del museo, entre los años de 1961 y 1963 un número de destacados investigadores en los campos de la etnografía y la arqueología se dedicaron a elaborar los guiones para las respectivas exhibiciones; entre ellos, en etnografía, hay que recordar a Roberto Williams, a don Alfonso Villa Rojas –de quien siempre recordaré su inolvidable acento yucateco–, a don Fernando Cámara, así como a Ricardo Pozas, autor del celeberrimo libro *Juan Pérez Jolote: biografía de un tzotzil*; a Bárbara Dahlgren, más Roberto Weitlaner y Mercedes Olivera.

Entre los arqueólogos se encontraban el doctor Ignacio Bernal, primer director de este nuevo museo; Román Piña Chan, el cual escribió los guiones de introducción a Mesoamérica y el referente a la cultura olmeca; el ya desaparecido pero muy bien recordado don José García Payón, quien realizó los guiones sobre las culturas prehispánicas de la región del Golfo, sin dejar pasar a don Alberto Ruz, descubridor de la tumba de Pakal en Palenque y en su momento uno de los mejores arqueólogos en el campo de los mayas; don Alfonso Caso, con su guión de los aztecas; Eduardo Noguera, con la arqueología del norte de México; el arquitecto Ignacio Marquina, con el guión de Teotihuacán, y Jorge R. Acosta, con el correspondiente a la cultura tolteca. Entre otros guiones también estaba el realizado por el doctor Javier Romero Molina, referente al ser humano físico, y el realizado por Villa Rojas sobre la petición de lluvias en la ceremonia del Chachac, en la península de Yucatán.

Por esas mismas fechas empezaron a aparecer los primeros volúmenes de uno de nuestros principales libros de cabecera, tanto para etnólogos como para arqueólogos: *Handbook of Middle American Indians*, editados por la Universidad de Texas.

Todavía creo que el INAH, y en particular el Museo Nacional de Antropología, desperdiciaron la oportunidad única de editar los guiones antes mencionados,

que en nada desmerecen ante sus competidores del *Handbook*... Soy el feliz poseedor de una colección de estos guiones, los cuales, por cierto, eran impresos por el ahora prehistórico proceso de mimeógrafo, y que nos era repartido a los afortunados miembros del equipo.

Un buen acierto del proyecto fue incorporar en las salas, conformando murales, la obra de grandes artistas de la plástica, quienes plasmaron de manera magistral su visión de nuestro México.

Observar trabajar a gigantes del pincel como Rufino Tamayo, Pablo O'Higgins, José Chávez Morado, Raúl Anguiano, Leonora Carrington, Rafael Coronel, Luis Covarrubias, Manuel Felguérez, Iker Larrauri, Nicolás Moreno, Fanny Rabel, Regina Raull, Valetta Swann y Alfredo Zalce.

Por mis zonas de trabajo y recorridos para llegar a ellas, a quienes más vi trabajar fue a O'Higgins, que hizo el mural de la Sala de Occidente, y a Fanny Rabel, que realizó la pintura en el área baja dedicada a Servicios Escolares, una actividad a la que el museo dio mucha preponderancia en sus años iniciales.

El viejo Museo Nacional tenía un acervo arqueológico impresionante; sin embargo, era necesario ampliar las colecciones para cubrir aspectos que se requerían en los guiones elaborados. Así se entró en contacto con coleccionistas privados que proporcionaron piezas importantes. Igualmente se realizaron algunas expediciones arqueológicas, entre las que destacó la hecha por el profesor Piña Chan a la isla de Jaina, en la que se obtuvo un número considerable de terracotas mayas que representaban a miembros de esa etnia realizando distintas actividades o con atuendos propios de los diversos estatus sociales. Tengo entendido que las colecciones etnográficas no eran tan ricas, por lo que las salidas a las localidades indígenas fueron numerosas para obtener ejemplares de las vestimentas regionales, así como de utensilios usados por los grupos étnicos en sus labores agrícolas, hogareñas y artesanales. Aquí cabe indicar que miembros de las comunidades indígenas construyeron, en cada una de las salas étnicas, réplicas de sus viviendas en tamaño natural y con los materiales de cada región.

Conforme pasaba el tiempo, el ritmo de trabajo se iba acelerando, hasta que llegó el momento de empezar a trasladar las colecciones del viejo museo a su nuevo hogar. Lo anterior lo recuerdo con mayor precisión, ya que jugué, a mi modo de ver, un papel importante en esta etapa. En ese momento la encargada de

bodega del museo en Moneda, la arqueóloga Amalia Cardós, tenía licencia por “próxima maternidad”; debido a eso, y no obstante que yo aún no era un arqueólogo titulado, el doctor Bernal me dio la responsabilidad de recibir y ordenar en la nueva bodega el material que iba llegando.

Si bien la responsabilidad era mucha, agradezco la confianza que se me otorgó, ya que así pasaron por mis manos miles de piezas que incrementaron mis conocimientos arqueológicos. Asimismo esta situación me permitió estar en contacto muy personal con los arqueólogos encargados de cada sala, todos ellos, para mí, “modelos” e “ídolos” de la profesión que había optado por seguir.

Respecto a anécdotas “bodegueras”, recuerdo cuando le entregué al doctor Ruz dos vasos mayas, cada uno decorado con un glifo en relieve. Al verlos, el doctor Ruz dijo:

–Veo que los restauradores hacen milagros similares al de la multiplicación de los panes. Yo encontré estas evidencias, pero en realidad se trataba de un solo vaso roto en dos partes.

La otra remembranza concierne a mi antigua compañera Silvia Garza, quien también realizaba labores en la bodega. En determinado momento, al mover una pieza, ésta se le cayó de las manos y se rompió en varios fragmentos. Silvia quedó estupefacta y se inclinó para recogerlos. Para asombro de los que estábamos ahí, tomó uno de ellos –que era un soporte– y lo arrojó con ira contra la pared. La admiración subió de tono cuando el supuesto soporte de forma globular rebotó elásticamente al golpear el muro. En realidad, la susodicha pieza era sólo 25% genuina: el resto había sido reconstruido magistralmente con yeso y dos de los soportes eran pelotas de goma forradas con este material.

Quisiera incluir en estas memorias al excelente equipo de guías, todas ellas guapas representantes del género femenino, las cuales se tomaron muy a conciencia su labor de instruir con amenidad a los visitantes. También durante cierto tiempo se realizaron visitas nocturnas a las salas del museo, que para mí fueron muy placenteras, pues no había los mares de gente y, además, el museo lucía espectacular con la iluminación nocturna.

Como unidad cultural, el museo se complementó con la magnífica biblioteca, que sigue en funciones, y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, posteriormente trasladada al lugar que ahora ocupa, en las

cercanías de la zona arqueológica de Cuicuilco. El museo también fue sede de la Fonoteca y durante largo tiempo –no sé si siga– estuvo alojado el Departamento de Lingüística, bajo la dirección del inolvidable Leonardo Manrique.

El Museo Nacional de Antropología se inauguró con “pompa y platillos” el 17 de septiembre de 1964. Yo continué mis labores allí hasta 1973, cuando el doctor Guillermo Bonfil Batalla me preguntó si me gustaría laborar en los nuevos centros regionales que se conformaron para descentralizar al INAH y para que los antropólogos atendiéramos en forma más adecuada los problemas en los estados.

Entre 1964 y mi salida del museo tuve la oportunidad de trabajar en varios proyectos, tales como el salvamento arqueológico en la presa de Infiernillo; excavaciones en la cueva de La Nopalera, en el estado de Hidalgo; exploraciones en el sitio de La Ventilla, en Teotihuacán, lugar donde se descubrió el famoso marcador del juego de pelota que ahora lleva el nombre del sitio; excavaciones en el sitio de Nonoalco-Tlatelolco, dirigido por Paco Rul; exploraciones en el cenote sagrado de Chichén Itzá, con Román Piña Chan, bajo cuya dirección asimismo llevé a cabo excavaciones en Queréndaro, Michoacán; reconocimientos en el área central de Colima, con la que yo llamo pionera de la arqueología de Occidente, nada menos que la doctora Isabel Kelly.

Todavía cuando tenía mi residencia en el museo, pero ahora bajo mi propia dirección, realicé trabajos en el sitio de San Felipe los Alzati, en Michoacán, y los necesarios para concluir mi tesis en el área de Tamaulipa-Zapotlán, en el estado de Jalisco. Por todo lo anterior me siento muy agradecido tanto con el INAH como con el Museo Nacional de Antropología, que en conjunto me permitieron incorporarme a los proyectos antes mencionados.

Deseo terminar diciendo que, además de orgulloso, me siento afortunado de que en mi recorrido profesional fui testigo y en cierta manera –aunque modesta– participante de varios hechos que considero cruciales en el desarrollo del INAH: la instalación del MNA; el primer gran proyecto de salvamento arqueológico en la presa de Infiernillo; el taller de arqueología Sanders, Flannery y Armillas, así como la creación de los centros regionales.

Guadalajara, 8 de julio de 2014
(a 50 años del inicio del nuevo MNA)

